

plaza pública para la edición del 29 de octubre de 1992
James Garrison
Muerte de un fiscal
miguel ángel granados chapa

Difícilmente se quitará de la mente de los cinéfilos que la apariencia de James Garrison es la de Kevin Kostner, porque éste encarnó a aquel en la estremecedora cinta *JFK*. El personaje no morirá, pero la persona falleció el miércoles de la semana pasada. Concluye, con su desaparición, uno de los episodios más ruines de la historia política norteamericana.

Garrison era fiscal en Nueva Orleans en 1963, cuando el presidente Kennedy fue asesinado. Sin ser un hombre con definiciones políticas, haberse graduado en derecho y dedicado a la persecución del delito le confirieron un especial sentido de la justicia. Ejercía, además, el sentido común. Rehusó, por lo tanto, admitir las conclusiones del informe Warren, con que el Establishment norteamericano quiso cerrar premiosamente la investigación sobre un crimen que alteró los fundamentos del Estado que introdujo la democracia en el continente americano. Culpar a solo un hombre, que por añadidura había sido a su vez asesinado, permitía cerrar esa página de la historia, presuntamente para siempre.

Pero muchas personas, como Garrison mismo, presentían que había algo más. Apenas conoció la noticia del asesinato de Kennedy, y vio morir ante las cámaras de televisión a Lee Harvey Oswald, Garrison se puso a trabajar. Oswald había estado en Nueva Orleans, según declaró, y el fiscal de ese distrito pudo determinar sus contactos. Identificó a David Serrie, un ex piloto al servicio de la CIA y mercenario anticastrista, y cuando indagaba en esa pista, la averiguación fue suspendida.

Tres años más tarde, el senador Russel Long, influyente congresista, puso en duda las conclusiones de la Comisión Warren y esa actitud alentó a Garrison para reemprender la investigación. La narra puntualmente en su libro *Tras la pista de los asesinos*, cuya versión en español fue puesta a circular por editorial Diana este mismo año, tras el éxito de la película de Oliver Stone.

La hipótesis de que Garrison partió fue que el asesinato de Kennedy resultó de una conjura criminal. Pero no era una conspiración cualquiera, sino virtualmente un complot de Estado. Al menos, en la realización de sus objetivos habían participado funcionarios de la CIA, el FBI y la policía de Dallas, donde el 22 de noviembre de 1963 había sido abatido el Presidente demócrata. La causa de la feroz decisión de suprimir a Kennedy era su política, contraria a transformar la guerra fría en la masiva intervención norteamericana en Vietnam que se puso en práctica pocos días después de su muerte. El anticastrismo era un ingrediente adicional en la

conjura, pues los enemigos de Cuba temían que luego del fracaso de Bahía de Cochinos, Kennedy desistiera del hostigamiento norteamericano a la Revolución.

Garrison consiguió llevar a juicio de Clay Shaw, un empresario ligado a la CIA, y que en apariencia fue el contacto con la banda anticastrista que tuvo una intervención protagónica en la conjura y en la colocación de Oswald en el escenario del que pudiera parecer figura principal. Pero Shaw fue absuelto, y Garrison quedó sumido en el desprestigio, hasta que una comisión del Congreso declaró años después lo que el fiscal de Nueva Orleans había sugerido y amenazado con probar.

Hostigado durante y después de su investigación, Garrison no pudo mantenerse en la fiscalía durante mucho tiempo. Se trata de un cargo de elección popular, y los votantes, influidos por la propaganda en su contra, lo relevaron del cargo. Luego reingresó al servicio público, como juez, y se había jubilado años antes de caer enfermo. Pese a las amenazas en su contra, y el destino fatal que arraso con Serrie, el detenido original, y no pocos de los testigos y participantes en la presunta conjura, Garrison murió en su cama.

Dedicó su libro al personal de su fiscalía. Dijo de ellos que "nunca cesaron en su lucha por establecer la verdad. Lo que les faltó fue tiempo". De él mismo puede predicarse lo propio, y añadir que le sobró valor.